

filósofo cualquiera; la doctrina sublime neoplatónica; el principio moral estoico; todo lo coincidente con las alboradas y albores de la revelación cristiana ó todo lo anterior no puede acercarse, ni de lejos, al Sermón de la Montaña, inspirado por el primer corazón de la humanidad. No disputaremos nosotros la perfección clásica del dialogo que leía Catón poco antes de morir para fortalecerse y resolverse al sacrificio por la república y por la patria. Los acentos del Timeo, lanzados por Platón, el profeta, el divino, el sublime, consolarán un alma patricia con pensamientos hondos como la humana ciencia; pero no serán aquellos granos de trigo que llevaba Jesús por Nazareth, por Tiberiades, por toda Galilea, en sus manos, y con los que reclama para sí las almas de los pobres, de los infelices, de los ignorantes, de los humildes. Esa ¡oh Redentor nuestro! ha sido la ciencia tuya, esa la virtud tuya, superiores á todas las virtudes y ciencias. Tú has caldeado los divinos pensamientos de la sabiduría universal en las llamas de tu corazón ardentísimo; los has contenido en parábolas ingenuas y sencillas como el olor de los lirios y como el cantar de las alondras; los has dado en comunión á los labios de los perseguidos, y de los oprimidos, y de los esclavos; luego has muerto por ellos. Los espacios podrán enrollarse como un pergamino al fuego del incen-

dio universal; podrán extinguirse como pavesas frías arrastradas por el soplo de la muerte los astros del firmamento; pero tu Evangelio jamás podrá cerrarse y tu Verbo divino jamás extinguirse, porque los han dictado la caridad y el amor.

## XXI

Ya lo hemos dicho, no aparece apenas la Virgen María en el apostolado y predicación de Cristo. Los Evangelios á una la eliden, presentándola tan sólo en alguna que otra circunstancia dolorosa de aquellas dolorosas escenas. He dicho dolorosas y he dicho mal, porque también hay un minuto gozosísimo en que María está junto á su hijo; las alegres bodas de Caná. Fuera de tal fiesta, solamente se ve á la madre cuando los fariseos quieren despeñar á su hijo, y cuando éste, por la exaltación de sus predicaciones religiosas, se halla en peligro de una enfermedad segura ó de una muerte súbita. Atentos los evangelistas á confiarnos de Jesús aquello que interesará siempre á todas las generaciones y á todos los tiempos, háblannos mucho de su historia pública y háblannos poco de su historia particular y privada. Entre las terribles señales de nuestro tiempo, ninguna tan verdaderamente infausta como la curiosidad insana que se apodera del pú-



blico, indagando con preferencia los actos animales, privados, particularísimos de un grande hombre, todos ellos pasajeros y circunstanciales, más que las ideas y los afectos eternos, únicos factores interesantes, así á la ciencia como á la historia. Embargada la inteligencia de los evangelistas por la divina misión del Salvador, no refieren de su vida particular sino aquello que se necesita para la correlación estrecha con sus vocaciones y con sus fines. Así nos presentan poco, muy poco, la familia de Jesús. Pero la fe cristiana, y la tradición universal, y el sentimiento de todas las generaciones han suplido este silencio, evocándonos la Madre del Salvador con mayor frecuencia y muchas más veces que á la hora de su apostolado y de sus triunfos á la hora de su pasión y de su muerte. Acércase á más andar ésta. El pueblo, tornadizo y voluble, se aira contra el Galileo, á quien recibiera como un Mesías el Domingo de Ramos. Las gentes farisaicas, en Jerusalén innumerables, comunicanse unas á otras lo dicho por aquel tribuno, que se presenta, en su increíble soberbia, como Hijo de Dios, y promete derribar el templo de Jehovah con una palabra tan sólo y reedificarlo á los tres días. La clase oficial romana oye con menos interés lo relativo al profeta, por haberlos muy numerosos y muy frecuentes en toda Palestina, incen-

diada por el mesianismo universal. Pero sabe que Jesús ha dicho algo, lo cual no cree bueno, de tributos á César, y algo de su regia dignidad personal. Desmayan los mismos discípulos, tan ufanos cuando las palmas y los ramos de oliva saludaban á su Maestro y tan abatidos cuando le amenazan los rayos del Sanhedrín judío y las lanzas del pretor romano. Pedro se apercibe á negar, Judas á vender; y en medio de tantas angustias, el Salvador llora lágrimas de sangre, siente agonías de muerte, alza las manos al cielo desde aquel huerto de las Olivas, donde se iniciaban los prodromos de su pasión y los anuncios de su muerte, pide la intercesión del ángel con Dios para que, si fuera posible, pasase de sus labios aquel amargo cáliz.

¿Cuál porción, de bebida tan acerba, le tocó á María? Tamaña pregunta puede contestarse de maneras varias, apelando á los documentos históricos y apelando á la inducción propia. Resultan las noticias referentes al Salvador tan por extremo escasas, que apenas participa María de la pasión y muerte del hijo en los Evangelios canónicos. Pero si atendemos á lo que nosotros alcanzamos de la naturaleza humana y de su irremediable sino, María padeció más que Cristo y más que Cristo murió en la cruz, porque toda madre centuplica todos aquellos dolores de los cuales son sus hijos vícti-

mas. Sin embargo, los tres primeros evangelistas no aluden siquiera, ni de cerca ni de lejos, á María durante la pasión y la muerte de Jesús. Como hemos hecho en otras ocasiones, y ahora con mayor motivo, copiara nuestra mano en este mismo sitio lo referido por las historias evangélicas. Como todo el mundo sabe, cuatro Evangelios ha consagrado la Iglesia y admitido la cristiandad entera, sin diferencia casi de comuniones y de credos. Llamamos primer Evangelio al Evangelio de San Mateo, segundo Evangelio al Evangelio de San Marcos, tercer Evangelio al Evangelio de San Lucas, cuarto Evangelio al Evangelio de San Juan. Todo cuanto sabemos de la muerte del Salvador está contenido en estos libros. De su narración provienen los conceptos, que nosotros tenemos hoy del triunfo con que recibieron á Cristo en la Pascua Jerusalén y sus hijos; del dolor en la tristísima velada que presenció el monte Olivete; de la cena, que luego nos han transmitido, en cuadros y en sermones inolvidables, la elocuencia y la pintura cristianas; del prendimiento amañado por aquella horrible traición de Judas y del arrojamiento con que Pedro quiso defender al Salvador por fuerza y espada; del tristísimo envío desde Anás á Caifás, desde Caifás á Pilatos, desde Pilatos á Herodes, desde Herodes nuevamente á Pilatos, en los varios

amarguísimos trances; del horror que llena toda la pasión; del suplicio que remata la redentora obra. Pues bien, ¿cuándo y cómo los evangelistas hablan de la Virgen Madre al relatar la muerte y pasión de su hijo? Veámoslo. San Mateo no dice ni una sola palabra. Consagra el capítulo veintisiete á referir la pasión, y refiere lo que sigue aquí, en los versículos cincuenta y cinco y cincuenta y seis: «Y estaban allí (en el momento de morir Cristo) muchas mujeres desde lejos mirando, las cuales habían acompañado á Jesús por Galilea y servidóle, viéndose entre todas ellas á María Magdalena y á María la madre de Jacobo y de José y á la madre de los hijos del Zebedeo.» Como se observa, ni de pasada menciona San Mateo á la Virgen Madre. Pues lo mismo, exactamente lo mismo, sucede con el Evangelista San Marcos. Éste consagra el capítulo décimoquinto á la muerte de Jesús, y tres versículos de tal capítulo á las mujeres, que se llaman del Evangelio, el treinta y nueve, el cuarenta y el cuarenta y uno: «Y también estaban, dice, algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales hallábase María Magdalena y María la madre de Jacobo el menor y de José y Salomé, las cuales, cuando todavía estaba Jesús en Galilea le acompañaran y le sirvieran. Con éstas hallábanse juntamente otras muchas que habían subido á Jerusalén.» Pues no

menciona tampoco á María. Lucas dedica el capítulo veintitrés de su Evangelio á esta misma narración, y dice por el versículo cuarenta y nueve: «Mas todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido á una desde Galilea estaban allí mirando desde lejos estas cosas.» Tampoco habla de María. El único en mentarla es el cuarto Evangelio, escrito, como todo el mundo sabe, por San Juan apóstol. Su capítulo décimonono relata la pasión y muerte y sepultura de Jesús. Desde su versículo veinticinco á su versículo veintisiete, Juan habla de la Virgen Madre al pie de la cruz: «Y estaban Junto á la cruz de Jesucristo su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Y como viera el Salvador á la madre y al discípulo amado, presentes los dos: «mujer, exclama, he ahí tu hijo.» Después dice al discípulo: «he ahí tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo.» He ahí todo cuanto dicen los Evangelios referente á la presencia de María en el Olivete, y en la calle de la Amargura, y en la cima del Calvario.

Narremos la pasión. Imposible comprenderla sin explicarnos el sitio donde sucede. Ya no estamos en los rientes valles de Galilea. El desierto arenoso ha sustituido al mar de Tiberiades; la colina semejante á un semítico sepulcro á la vegetación

multicolor y aromosa. Finjámonos Jerusalén, tal como estaba en la hora de aparecer por sus calles Cristo en triunfo. Aun las palmas y laureles yacían por el suelo, aun los vítores por el aire todo resonaban, cuando Cristo lloró sobre aquella ciudad tan triste, prediciendo las desolaciones y las ruinas que le reservaban los tiempos venideros tras su muerte. Las cordilleras dentadas, que las albas del día y los albores de la tarde coloraban allá en Tiberiades y Nazareth hanse desvanecido aquí, sustituidas por torreones que lame un torrente cuasi de cenizas llamado el Cedrón, y que coronan las lanzas extranjeras. Apriétanse los hogares unos á otros, levantados en grande número sobre las colinas, y parecidos en su forma de cubos blancos á cisternas destacadas en cielo azul oscuro. Dos edificios gigantescos dominan la ciudad, uno, que representa su fariseísmo estrecho y riguroso, el templo de su Dios Jehovah; otro, que representa la monarquía pagana, el palacio de su monarca Herodes. La suma de numerosos y grandes edificios que forma la Sinagoga, palacio, fortaleza, tabernáculo, santuario, compone como una ciudad litúrgica junto á la cual desaparece la ciudad civil. Los muros que la rodean, los varios y diversos circuitos que la componen, los pórticos innumerables del extremo Norte, prestan á la ciudad un aspecto hiératico aumenta-

do por el santuario, cuyas agujas de oro semejan corona ó diadema pérsica, como las que llevaban los colosos babilonios y egipcios, puesta sobre la frente de Jerusalén. Cerca del santuario, mas aparte del templo, domina todos aquellos patios como una especie de gigante que los vigilara y celase, un cubo enorme, colosal, compuesto de ciclópeos pedruscos, el cual cubo se llama la torre Antonia. Murallas tras de murallas, fosos tras de fosos, almenas por todas partes, y sesenta torres parecen como una guarnición distribuída para celar aquel templo, sospechoso, no solamente de suscitar sublevaciones continuas, de suscitar también intensas tempestades religiosas. Las puertas aseméjanse mucho á las puertas de nuestras ciudades feudales, por lo profundas y por lo rematadas en fortines, desde los que pueden sus defensores en lo alto aplastar á cualquiera que las golpee ó asedie. El Calvario, si hemos de creer á los eruditos en geografía palestina, encontrábase por aquel entonces entre la primera y la segunda muralla circunvaladoras de Jerusalén, espacio riscoso, donde ahora se veía un huerto de frutales en que hallaban los habitantes recreo, ahora una caverna de tierra gredosa en que hallaban sepultura los muertos. Muchos arqueólogos eminentes concuerdan en señalar la entrada, conocida con el nombre de puerta

de los Rebaños, como el sitio por donde pasó Jesús para ir al jardín del Olivete, sabido escenario de su prendimiento. Un valle profundo separaba la ciudad, en que se veía el templo, de la ciudad que se denominó inferior ó baja. La gran plaza de Xistos, la mayor de Jerusalén, se dilataba en ese valle. No hay en la Jerusalén de aquel entonces dentro del muro jardines porque temen sus habitantes el hedor del estiércol, y no hay hornos porque temen sus habitantes á la sofocación del humo. Las calles eran estrechísimas y no se veían en ellas mas medios de transporte que asnos y camellos, por desconocidos los carruajes y raras las literas. Las sinagogas eran innumerables. Como el judaísmo á la sazón se dilatara mucho y hubiera en el mundo innumerables asociaciones judías, cada escuela, ó alejandrina, ó cirenaica, ó cilicia, se disputaba la satisfacción de tener allí una representación. Lo más admirable y lo más rico de Jerusalén, por aquel entonces, era la mansión de su rey Herodes. Graderías enormes la sustentaban como al rey el trono; jardines floridísimos la ceñían de bien olientes guirnaldas; estanques muy claros alimentaban en sus patios y en sus florestas numerosos cisnes; el marfil, y el oro, y la púrpura se prodigaban allí como en los alcázares de Tiro; la pared que lo cercaba tenía trece metros de altura; la ma-

teria que lo componía era de mármoles, y jaspes, y ágatas; alfombras asiáticas tapizaban el suelo y piedras preciosas resplandecían en las incrustaciones del techo. Tal y tan extraordinario lujo Herodes ostentaba en aquella sociedad generalmente considerada como centro de la maceración y de la penitencia. Dadas las prescripciones bíblicas respecto del agua y su empleo, el judío entonces necesitaba mucha para sus abluciones, y así había innumerables albercas.

En esta ciudad, sólo hacia su parte oriental hallaba el ánimo de sus habitantes algún recreo. El monte de las Olivas, ríscoso como todos aquellos alrededores, ofrecía con sus ramajes alguna sombra y algún solaz entre tantas breñas. El sitio de Getsemaní, como su nombre indica, era lo que nosotros llamamos en lengua meridional una grande almazara, ó sea un molino de aceite al aire libre. Allí sucedió el prendimiento de Jesús, motivado por sus predicaciones. Y entre tales predicaciones, la que más indignaba contra Jesús á los judíos eran sus amenazas y sus maldiciones al templo. La tienda, el arca, el tabernáculo, el querub, el sacrificio, la sangre de los cabritos y de los toros, constituían toda la vieja liturgia israelita, y esta vieja liturgia israelita se contenía y encerraba en el templo levantado siglos atrás por Salo-

món y reconstruído en la edad misma del Evangelio por Herodes. Las colecciones del Talmud y las historias de Josefo nos hablan á una con admiración idéntica de aquel extraordinario lugar. El historiador, que había viajado mucho, declarólo el más bello sitio esclarecido jamás por los resplandores del día. Desde lo alto del jardín de las Olivas descubríasele en su conjunto. Y aquel sitio escogió Jesús para profetizar su ruina. Celebrándolo mucho los discipulos, como solian todos los judíos, Jesús dijo: «No quedará de tanta mole piedra sobre piedra.» Todo lo construído por Herodes cayó en cumplimiento de la divina palabra, y si quedan algunas cortinas ruinosas donde se hallan empotradas piedras que parecen moles, ante las que todavía lloran los hijos de Israel, estas piedras enormes, cual montañas, pertenecían al viejo templo de Salomón, prometido por David á su pueblo. En las aras, en los altares aquellos, amenazados por la palabra de Cristo, veía el sacerdote judío sobrepuestos y consagrados por una tradición oral incesante, no sólo el sacro altar de Salomón y de David, relativamente modernos, aquellos otros en que Abraham quiso inmolar á su hijo Isaac, en que Noé ofreció su primer holocausto al retirarse las aguas del diluvio, en que Abel presentó sus cándidas ofrendas, en que Adán inició tras el pecado su reconciliación

religiosa con el mismo Dios que acababa justamente de castigarlo y herirlo. El templo representaba para el judío su historia entera, sus héroes y sus mártires, sus patriarcas y sus profetas, el Dios revelado á Moisés en las zarzas del Oreb y el Mesías prometido por Esdras y por Daniel en los cautiverios y en los destierros. A todo había ocurrido la previsión de los constructores, despertada por las tradiciones litúrgicas. No se podían contar sus atrios, no se podían abrazar sus columnas; de cedro incrustado y esculpido sus techos, de mármol blanco sus pilares, de piedras multicolores y clarísimas ágatas sus pavimentos, de varias pero regulares figuras sus patios, de bronce sus puertas, de riquezas indecibles sus tesoros; una legión sus sacrificadores, su altar una fortaleza; innumerables las fuentes y más innumerables todavía las víctimas; en lo alto el santuario dorado por dentro y fuera; una parra de oro en los alféizares, un velo babilónico en los enverjados; la mesa de las proposiciones á un extremo, á otro el candelabro de los siete brazos, entre ambos el ara de los inciensos; por doquier los varios sacerdotes con sus túnicas de largas mangas, con sus cinturones bordados, con sus turbantes multicolores, algunos con sus tiaras semipersas, ofreciendo aquí las abluciones, allá los perfumes, más lejos las lecturas; en otro sitio los holocaustos,

y en todas partes el rito legado por cien generaciones y trascendente á todos los tiempos. Así el pueblo creía su templo tan perdurable como su Dios. En vano le contaban las leyendas y tradiciones antiguas que un día el construído por Salomón y preparado por David se derrumbó en aquel mismo sitio. No quería pensarlo; antes bien aguardaba con viva fe y con segura esperanza el Mesías y el mesianismo. Aquel sacerdocio, nacido con la tierra misma, preservado por Dios de las aguas del diluvio, en su ministerio de conservar la vieja idea tradicional no debía tener interrupción alguna. Los siglos se mellaban contra las piedras del Templo, mas no se resentía, no, sobre sus cimientos, tan sólidos como la columna sustentadora de la tierra. Y, sin embargo, Cristo dijo que se desplomaría todo él, arruinándose y desapareciendo hasta sus fragmentos y sus raíces. No hacía un siglo que Pompeyo lo profanara y no debía transcurrir un siglo antes de que la profecía del Salvador se cumpliera.

Mas para el materialismo judío amenazar al templo era tanto como amenazar á Dios. Hoy mismo los israelitas, que han pasado en sus padres por veinte siglos de humillaciones y acerbidades, empapan todos ellos con sus lágrimas los pedruscos enormes y las ciclópeas moles restantes del templo de Salomón. Así es que los acusadores,